

María Suré

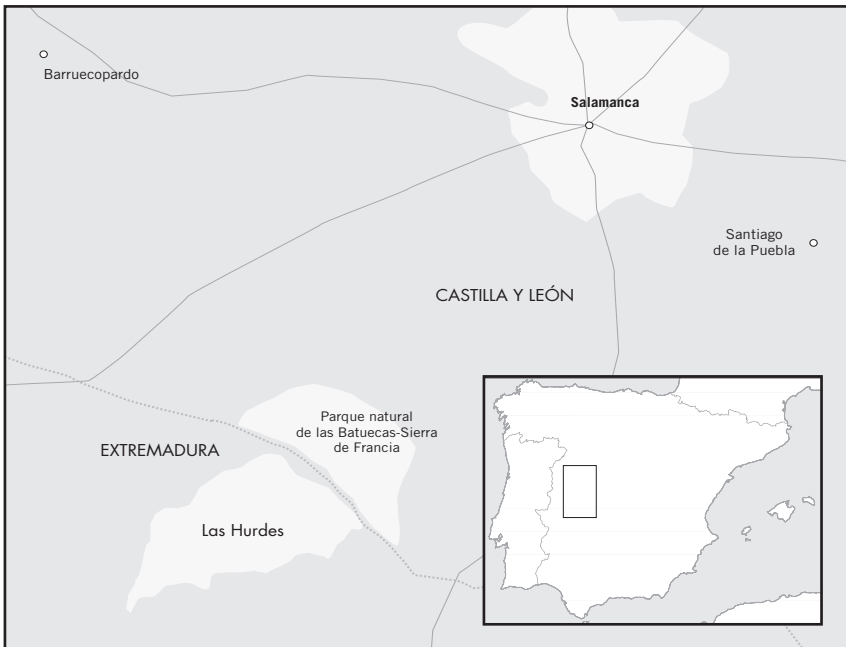
Autora de **Lágrimas de polvo rojo**

HUÉRFANOS  
DE SOMBRA



MAEVA | NOIR

# Los escenarios de la novela



«Los seres humanos no nacen para siempre el día  
en que sus madres los alumbran, sino que la vida  
los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez.»

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

«Quien sabe de dolor, todo lo sabe.»

DANTE ALIGHIERI

## *Dramatis personae*

### **Investigadores:**

Cristina Albino, sargento de la Guardia Civil. Decidida, activa, está en forma y se cuida.

Anselmo Picarzo, agente de la Guardia Civil. Compañero de Cristina. Es la antítesis de la sargento. Ha estado de baja por depresión y se acaba de reincorporar al Cuerpo.

### **Familia Arreola-Kelley:**

Marcos Arreola Kelley, niño de ocho años desaparecido en los alrededores de su casa en Aldeanegra, Salamanca. Su abuelo lo llama cariñosamente Lobo.

Laura Kelley, madre de Marcos. Una mujer fuerte que decidió tener a su hijo pese a su juventud y el abandono del padre del niño, Curro.

Toribio Arreola, abuelo de Marcos y padre de Curro. Ocho años atrás, acogió en su casa a Laura y a su nieto.

Curro Arreola, hijo de Toribio y padre de Marcos. Es un delincuente que ha pasado muchos años en la cárcel.

Elisabeth Selles, madre de Laura y esposa del fallecido Norman Kelley. Ambiciosa, fría y calculadora.

Norman Kelley, padre de Laura. Ha pasado los últimos años enfermo de alzhéimer; tiempo atrás fue un empresario de éxito.

### **Familia Hoffmann-Morrison:**

Hannah Hoffman, de origen checo, en la actualidad anciana vecina de la familia de Marcos. Fue una niña judía refugiada en Inglaterra que se instaló en España con su hija, Renata, en la década de los cincuenta. Afronta con coraje los embates de la vida.

Renata Morrison, hija de Hannah y amiga de Laura. Brusca en sus ademanes, pero de corazón noble.

### **Familia Galarza:**

Gonzalo Hernández, hijo ilegítimo de Aurelio y amigo de la familia de Marcos. Cuida de las colmenas de Toribio y es muy cariñoso con el niño.

Aurelio Galarza, enfermo terminal, quiere arreglar las cosas con Gonzalo; sin embargo, sus hijos y herederos tratarán de impedirlo.

Luis Galarza, primogénito de Aurelio, avisado, pero también soberbio y violento.

Simón Galarza, hijo y hermano de los anteriores, de carácter pusilánime. Oculta un carácter oscuro.

### **Otros personajes:**

Regino García, asesinado en el bosque. Cazador furtivo. Un hombre solitario.

Yona Leser, amiga íntima de Hannah en Inglaterra. Se traslada a vivir a Bilbao debido a las complicaciones sociales que comienzan a darse en Inglaterra.

Cornelia y Herbert Downer, granjeros ingleses con los que Hannah convive durante varios años.

Quentin Morrison, naviero de Falmouth, padre adoptivo de Renata.

Alejandro Ortiz de Zúñiga, notario de Salamanca. Amante de Elisabeth, la madre de Laura.



# Prólogo

## LA GACETA

REGIONAL DE SALAMANCA

Sucesos 12.08.2018 | 11.10 horas

### ¡URGENTE! MENOR DESAPARECIDO

#### **Marcos tiene ocho años y desapareció entre las ocho y las nueve de la pasada noche**

DESDE PRIMERA HORA de la mañana, numerosos voluntarios participan junto a la Guardia Civil en la búsqueda del menor **Marcos Arreola Kelley**, de ocho años de edad, cuyo rastro se perdió ayer por la tarde en la salmantina localidad de Aldeanegra, cerca de La Alberca. El niño salió de casa de un vecino sobre las 20.15 horas en dirección a su domicilio y a partir de ese momento se le perdió la pista. La voz de alarma la dieron sus familiares hacia las nueve y media de la noche, cuando se percataron de su desaparición. En las inmediaciones de su casa descubrieron muerto al perro que solía acompañar al niño y el cadáver de un vecino de la localidad, Regino García Sánchez, de sesenta y ocho años de edad y cuyo cuerpo presentaba evidentes signos de violencia.

En el momento de su desaparición, el pequeño llevaba unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta amarilla. Se ha descartado la desaparición voluntaria del menor y se baraja la hipótesis de un posible secuestro. Al operativo se ha sumado hoy un helicóptero que peinará la zona en busca de algún rastro del niño, ya que se trata de un área boscosa con barrancos y parajes de difícil acceso que hacen muy complicada la búsqueda.

# 1

## Un cadáver en el bosque

Madrugada de la desaparición  
Aldeanegra, 12 de agosto de 2018

CRISTINA ALBINO, LA sargento de la Guardia Civil que había recibido el aviso de madrugada, acudió al lugar del crimen acompañada del agente Anselmo Picarzo. Tras ser alertados por los familiares del niño desaparecido, un operativo se había adelantado y había precintado la zona donde se encontraron los cadáveres del vecino del pueblo y del perro. Aunque sabía que lamentarse no serviría de nada, Cristina había maldecido en silencio su mala suerte durante todo el trayecto en coche hasta Aldeanegra. La simple compañía de Anselmo la irritaba.

Su compañero habitual había sufrido un accidente escalando y llevaba un par de semanas en el hospital con varios huesos rotos y un traumatismo craneal que por poco se lo lleva al otro barrio. Como sustituto le habían asignado a Picarzo. Para la edad que tenía —solo cuatro años más que ella—, le parecía un hombre totalmente chapado a la antigua, tanto en apariencia como en maneras. Llevaba el pelo demasiado largo por detrás, siempre ensortijado a causa del sudor. Las patillas de la época de Curro Jiménez, el bandolero, unidas a su tez morena, le daban un aspecto agitanado. Y la barriga... de eso mejor no hablar. Cristina imaginaba que Picarzo se negaba a asumir su cada vez más prominente figura y utilizaba camisas de dos tallas menos de la que le correspondería para intentar sostener lo insostenible. Ella, que cuidaba su físico en exceso —con muy buenos resultados, por



cierto—, no era capaz de entender cómo alguien podía dejarse de aquella manera. Sabía que había estado de baja años atrás por depresión, pero hacía ya tiempo que los informes psicológicos lo habían declarado apto para volver a ejercer.

Por lo que habían podido averiguar, la madre y el abuelo del niño, junto a Gonzalo, su vecino, alertados por la ausencia del pequeño, se habían adentrado en el bosque para tratar de dar con él. Habían sido ellos los que descubrieron el funesto hallazgo. El lugar fue examinado concienzudamente con la ayuda de perros, pero no hallaron rastro alguno del niño. Solo se encontró un pequeño cocodrilo de madera que el pequeño llevaba en el momento de su desaparición.

Vecinos y familiares continuaron la búsqueda por el bosque junto a varios guardias civiles mientras los agentes del servicio de Criminalística tomaban muestras y fotografiaban la zona. El cuerpo de Regino, la víctima mortal, tenía la boca llena de tierra y restos vegetales. Una grotesca mueca se le dibujaba en el rostro, en el que resaltaban los ojos, que parecían a punto de salirse de las órbitas, y las mejillas hinchadas por el contenido de la boca. También descubrieron varias fibras de ropa con rastros de sangre entre los dientes del perro, lo que les hizo pensar que el animal podía haber mordido a su agresor antes de que este lo degollara. Muy cerca de los cuerpos se encontró una linterna frontal y una pequeña trampa casera fabricada con alambres, en cuyo interior se acurrucaba un asustado ratón.

Cristina y el agente Picarzo supervisaban los trabajos de los investigadores y esperaban pacientemente a que el forense terminara de inspeccionar el cuerpo. Habían colocado varios focos portátiles de luz en la zona, lo que les permitía adelantar el trabajo sin tener que esperar a que amaneciera. El forense, un hombre de mediana edad de pelo canoso y ojos claros, terminó por fin con su cometido y, tras observar durante unos instantes

más el escenario del crimen, se dirigió hacia el lugar donde se encontraban la sargento Albino y su compañero.

—Por la gran cantidad de sustrato y restos vegetales que tiene el cadáver en la boca y las hemorragias petequiales que presenta en la esclerótica —comenzó a decir mientras se señalaba un ojo—, me atrevería a aventurar que la causa de la muerte ha sido la asfixia. Calculo que falleció hará unas cinco horas, más o menos. La presión de la tierra sobre la boca le desencajó la mandíbula; es posible que esté fracturada. Tiene alguna laceración en el rostro, cuello y cabeza, y, por lo removida que está la tierra, es evidente que hubo una pelea. Además, tiene restos de sangre y piel bajo las uñas, de las que se han tomado varias muestras.

—Tuvo que ser una muerte horrible —comentó Picarzo mirando de reojo la manta térmica que cubría el cuerpo, a la espera de que llegara el juez para poder levantar el cadáver—. Además de extraña. Se me ocurren varias formas más fáciles y comunes de matar. No sé, una piedra, un palo, estrangulándolo con las manos...

—Además, no se ha encontrado ningún arma blanca en los alrededores y, sin embargo, al perro lo han degollado —añadió Albino, asintiendo para darle la razón a su compañero—. ¿Por qué el asesino no utilizó también el mismo método con la víctima? Le hubiera resultado mucho más fácil.

—Es un tanto extraño, sí. Nunca había tenido un caso similar —comentó el forense.

—Solo por descartar —comenzó a decir Picarzo al tiempo que se rascaba la prominente barriga, algo incómodo por lo que iba a decir—. ¿Podríamos asegurar que eso no lo ha podido hacer un niño de ocho años?

Cristina Albino miró a su compañero con el gesto torcido y una mueca de desagrado.

—¡Qué dices, Picarzo!

—Dudo mucho que un crío de ocho años haya podido ejercer la fuerza necesaria como para hacerle eso a un adulto que, por la expresión de la cara, a todas luces estaba consciente —opinó el forense, negando con la cabeza—. Aunque ya sabéis que en esta profesión te puedes encontrar cualquier cosa. A estas alturas, ya nada me sorprendería.

—Estás desvariando, Picarzo —acusó Albino—. Aquí había alguien más. Estoy segura de que el perro no mordió al niño; según sus familiares, iban siempre juntos a todos los sitios y había una conexión especial entre los dos. La víctima tampoco presenta ningún mordisco, pero se han encontrado fibras de ropa ensangrentadas entre los dientes del perro. Tuvo que intervenir alguien más. Quienquiera que fuese mató al animal y al anciano, y por algún motivo se llevó al niño. Puede incluso que hasta el chaval fuera su objetivo desde el principio.

—Y el viejo y el perro se cruzaron en su camino... —completó Picarzo, que había comprendido el razonamiento de su compañera.

—Al parecer, la víctima es un vecino del pueblo que vivía solo y al que no se le conoce familia. El abuelo del niño nos ha contado que era un tipo muy raro que vivía en una casona aislada, cerca de la linde del bosque. Apenas se relacionaba con nadie y había tenido más de un lío con otros vecinos, a los que había amenazado con una escopeta por traspasar la valla que rodea sus tierras —explicó Albino.

—Cuando uno es tan celoso de su intimidad, lo más probable es que quiera ocultar algo —apostilló el forense.

—La jaula casera que hemos encontrado suele utilizarse para atrapar aves nocturnas. Apostaría a que el viejo se dedicaba a la caza ilegal de alguna de estas aves y por eso no quería que ningún curioso rondara por sus tierras —remató Picarzo, pensativo—. Quizá solo estaba en el lugar equivocado y presencié algo que no debía...

—Puede que tengas razón, Picarzo —concedió Albino—. Tendremos que echar un vistazo a la casa a ver si de verdad escondía algo o no era más que un misántropo hartado de la gente. Habrá que hablar con las personas a las que amenazó en su día con la escopeta, no sea que alguna de ellas le tuviera una especial inquina tras esos enfrentamientos.

## 2

### Animales nocturnos

Aldeanegra, unas horas antes

EL SOL ESTABA a punto de ocultarse en el horizonte cuando Regino se adentró en el bosque. Solo había caminado unos metros entre los árboles, no obstante, se detuvo para encender la pequeña linterna que llevaba colocada sobre la cabeza. La espesura evitaría que nadie pudiera ver la luz a distancia y prefería caminar sobre seguro. Su vista ya no era la de antes, de cerca ya casi no veía las letras, pero tampoco le hacía falta. No había leído en su vida y tampoco pensaba comenzar a hacerlo con casi setenta años a sus espaldas. Esas eran cosas para los de la capital, que al parecer se aburrían y tenían que buscar entretenimiento. Él nunca estaba quieto, siempre tenía algo que hacer en el campo.

Se subió la cremallera de la vieja chaqueta de lana gris, que tenía más años que Matusalén, para cubrirse el cuello al tiempo que contenía un escalofrío. Aunque durante el día el calor podía llegar a ser asfixiante en aquella época del año, al caer la noche empezaba a refrescar tanto que era necesario abrigarse. Más aún cuando uno ya no tenía apenas carnes y era todo pellejo y huesos. La copita de Chinchón que se había bebido antes de salir solo había conseguido atemperarle un poco el cuerpo. Recogió la trampa que había dejado en el suelo y echó a andar con cuidado; no quería tropezar con alguna raíz o pisar donde no debía y torcerse un tobillo porque, con toda seguridad, allí nadie podría socorrerlo hasta muchas horas después. El ratón se agitó nervioso

dentro de la trampa, como si intuyera el cruel destino que lo esperaba.

El bosque lo arropó enseguida, envolviéndolo en su halo protector y arrullándolo con los sonidos de las hojas agitadas por la brisa y los ruidos de los animales nocturnos, que ya intuían la proximidad de la noche y habían comenzado a trajinar de un lado a otro. Regino observaba con detenimiento cada árbol y cada arbusto en busca de señales que le indicaran que caminaba en la dirección correcta. Resultaría demasiado sencillo perderse en aquella espesura sin apenas visibilidad. Tenía localizado un nido de lechuza en el hueco de un árbol donde había encontrado unas cuantas egagrópilas frescas y quería probar suerte.

Pensaba en el dinero que iba a conseguir si la noche se le daba bien cuando escuchó unos ladridos no muy lejos de donde se encontraba. Se detuvo, extrañado, y pronto distinguió los gritos desesperados de un niño.

—¡*Rudy!* ¡Ven aquí!

Los gruñidos de advertencia y los ladridos enfurecidos se intensificaron. ¿Qué demonios hacía un crío con un perro a aquellas horas en el bosque? Quizá fuera el nieto de Toribio, su casa no quedaba demasiado lejos.

Pensó que lo más probable era que el chucho se hubiera cruzado en el camino de algún tejón, eran animales tan territoriales que podían volverse muy agresivos. Apagó la luz de la linterna y decidió acercarse con sigilo hasta el lugar de donde provenía el alboroto, intrigado por lo que estuviera ocurriendo. El perro cada vez estaba más alterado y le había parecido escuchar el grito ahogado de dolor de una persona. Mientras tanto, el niño seguía llamando a su mascota a voces. Entonces, el animal emitió un chillido agudo y a continuación se hizo el silencio. Aguzó el oído, pero Regino solo podía escuchar la respiración sofocada de alguien que se arrastraba por el suelo. Estaba muy cerca de

donde él se encontraba. Apartó una rama con cautela y distinguió entre las sombras a una persona que se ponía en pie con dificultad. El perro yacía en el suelo, inmóvil. Entonces el niño apareció y se puso a gritar como si estuviera poseído. Se enfrentó al hombre con saña, dándole patadas y golpeándolo con algo que llevaba en la mano. El individuo se defendía como podía, tratando de detener la avalancha de golpes que se le venía encima. Hasta que, con un movimiento rápido, descargó un puñetazo que alcanzó la cabeza del niño y este cayó desplomado al suelo. El silencio volvió a envolver el bosque.

Regino, que lo había presenciado todo, no pudo evitar salir de su escondite, confundido. La ola de miedo cerval que de repente había inundado su organismo lo instaba a quedarse quieto y olvidar lo que acababa de presenciar, pero él nunca había sido demasiado prudente.

—¡Qué está ocurriendo aquí! —gritó, con voz temblorosa.

La persona que había agredido al niño se dio la vuelta con rapidez y se puso en guardia. Apenas podía verle el rostro en la creciente oscuridad que empezaba a envolverlos, pero Regino pudo distinguir a un hombre corpulento que lo amenazaba con un cuchillo. Antes de pensar lo que estaba haciendo, la adrenalina lo empujó a acercarse lo suficiente como para darle un manotazo y hacer que el arma que sostenía se le cayera y se perdiera entre la vegetación.

El tipo se quedó paralizado unos instantes, sorprendido y sin saber muy bien qué hacer, hasta que al fin se lanzó sobre Regino con un grito de rabia. La fuerza del impacto hizo que los dos cayeran al suelo. Cuando Regino dio con sus huesos en la tierra y sintió el peso del otro sobre el cuerpo, supo que había cometido un terrible error. No era rival para un oponente a todas vistas mucho más corpulento y joven que él. Pero no pensaba ponerle las cosas tan fáciles.

Se revolvió como una lombriz hasta que pudo sacar los brazos de debajo del pesado cuerpo de su atacante y le asestó un golpe seco en la nuez. Aunque no consiguió el efecto deseado, puesto que el ángulo y la fuerza del golpe no fueron los adecuados, logró dejarlo fuera de combate durante unos segundos en los que trató de zafarse de debajo de su cuerpo sin demasiado éxito. El hombre no tardó en recuperar las fuerzas y lo agarró del cuello para tratar de ahogarlo con un gruñido animal. Apretaba con tanta fuerza que Regino supo que, si no conseguía hacer algo, sería su fin. Echó los brazos hacia atrás y metió como pudo sus huesudos dedos debajo de los de su agresor.

Cuando la falta de aire comenzaba a nublarle la razón, hizo un último acopio de energía y tiró hacia atrás, arrastrando los dedos del otro con todas sus fuerzas. Escuchó un crujido, seguido de un alarido de dolor. La presión sobre su cuello cedió y el aire le volvió a llenar los pulmones cuando ya pensaba que le iban a explotar. Entre toses, trató de revolverse arañando el rostro del joven, que en esos momentos estaba sentado a horcajadas sobre él, limitando sus movimientos. El tipo, con un grito lleno de rabia, le inmovilizó un brazo sujetándolo contra el suelo con la mano herida, mientras con el otro trataba de zafarse del ataque histérico y desesperado de Regino, que estaba dispuesto a morir matando y le clavaba las uñas y los huesudos dedos allá donde podía, buscándole el rostro y los ojos con desesperación.

El tipo, aturdido por la inusitada energía con la que se defendía el anciano, palpó el suelo en busca de alguna piedra o un palo que le sirviera de arma para acabar con la pelea de una vez por todas. Sus manos toquetearon el musgo y la tierra húmeda sin encontrar lo que buscaba mientras la mano que el anciano tenía libre le golpeaba el rostro y lo arañaba con la furia de un gato salvaje. Entonces, desesperado, cogió un puñado de tierra



húmeda y hojarasca y lo presionó contra la boca de Regino con todas sus fuerzas.

Regino sintió con horror cómo la garganta se le llenaba de tierra. Antes de que pudiera reaccionar, el hombre volvió a la carga con otro puñado y otro más, hasta que al fin Regino, agotado por el esfuerzo y la falta de oxígeno, dejó de moverse.